

**INTERVENCION DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DE LA VISITA A  
EXTREMADURA DE S.A.R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS:  
CENA DE DESPEDIDA EN JARANDILLA DE LA VERA**

**13 de junio de 1996**

Señor

Os decía el lunes pasado, cuando comenzaba vuestro periplo por Extremadura, que ibais a tener oportunidad de apreciar parte de la actividad que bullía por todos los rincones de esta tierra, os anunciaba que junto a las venerables piedras de los monumentos que nos legaron nuestros ancestros, y en medio del afortunado verdor de una naturaleza extraordinariamente preservada, y la Vera es un buen ejemplo de esas dos características, ibais a encontraros una región muy alejada de su imagen tradicional. Cité entonces nuevos símbolos del presente, las máquinas, los tubos de ensayo, los cables ópticos de comunicaciones, la arquitectura, el arte actual, la investigación médica aplicada, las aulas universitarias. Son, Señor, los signos de nuestro tiempo, y cuando digo "nuestro" entender que me refiero no sólo a nuestros comunes contemporáneos, sino a mis paisanos, a mis coterráneos. Ya os lo dije; los extremeños estamos torciendo la historia que otros habían escrito para nosotros y nuestros hijos y tomando las riendas de nuestro destino. Espero, que en Extremadura hayáis podido apreciar una gratificante sensación, si queréis, de aburrida normalidad; con una tierra y una gente que no da ni para una mala crónica negra, ni para un reality show forzado y artificial, ni para un mal chiste de paletos. Ya ve, Su Alteza, hemos perdido en colorismo y hemos ganado en bienestar. Nos preocupa más nuestra presencia en las estadísticas de calidad de vida que ser telón de fondo de una opera o de una novela.

Os confesaré también que no nos obsesiona la cuestión. Posiblemente no estaríamos hoy donde estamos si hubiéramos estado demasiado preocupados, y por tanto ocupados, en satisfacer nuestro, por otra parte legítimo, derecho a ser considerados por los demás como realmente somos y no como nos describen algunos cronistas no demasiado veraces. Por ejemplo, en lo tocante a esa cansina cantinela del subsidio y la subvención que, arrastramos paciente y un poco desdeñosamente. Pero la verdad es que los extremeños estamos demasiado atareados trabajando duro como para estar todo el día recordádoselo a los demás. Nos distraería de nuestras ocupaciones. Tampoco entendemos cómo hay gente que

se considera tan laboriosa y se pasa el día levantando la, vista para ver lo que trabajan los demás. Nosotros no tenemos tiempo para tales pasatiempos, sencillamente porque estamos trabajando.

Nosotros, Señor, durante estos años de libertad hemos estado a lo nuestro. Y lo nuestro han sido cosas como conseguir ese enorme centro siderúrgico; o construir y dotar ese museo internacional de arte contemporáneo en Badajoz; o dar servicios de calidad a las miles de personas que visitan anualmente el Museo de Arte Romano de Mérida, la ciudad de Cáceres o estos parajes de Yuste y la Vera; o poner en pie unas instituciones de autogobierno funcionales; o preocuparnos de los más débiles de la sociedad como esos minusválidos psíquicos; o hacer entre todos esa Universidad que es uno de nuestros mayores orgullos, con sus centros de tecnología punta; o apoyar a los agricultores del Jerte que se autoorganizan para defender sus derechos como productores, o hacer frente a las situaciones políticas de una manera positiva de acuerdo con la voluntad del pueblo extremeño y en una remarcable armonía institucional.

Y a esta Extremadura me refería, Señor, hace dos días al ofrecéroslo como laboratorio de realidad complementarlo de vuestra sólida formación académica como clase práctica de conocimiento) a pie de obra de un país que esta orgulloso de su Familia Real y que espera inspirar el mismo orgullo a sus queridos miembros. Nuestra modesta intención ha sido, y espero que entre todos lo hayamos conseguido, poner nuestro grano de arena en ese arduo proceso de preparación para la alta magistratura que os espera.

La preocupación, Señor, por la formación de los príncipes ha sido una constante de la literatura política durante muchos siglos. Y era una tarea en la que se empleaban las mejores cabezas, en la clara conciencia de la importancia del éxito de la misión, no sólo para el educando, sino para la felicidad de los pueblos llamados a ser gobernados por ellos. Desde Montesquieu hasta nuestros Calderón y Lope de Vega, han sido decenas los pensadores que han ofrecido, las más veces sin ser requeridos, sus consejos sobre el particular. Y uno de los más repetidos ha sido siempre el de la conveniencia de visitar y conocer su reino. Me permitiré sólo un ejemplo: uno de los nuestros más ilustres; el de Saavedra Fajardo en *su Idea de un Príncipe político-cristiano*, obra en la que se puede leer, en el estilo recargado de su época, la comparación entre el movimiento del sol y sus benéficos influjos sobre la tierra, con los viajes de un príncipe por sus tierras: "Y así lo cierto, que ese príncipe de la luz que tiene a su cargo el imperio de las cosas, las ilustra y da formas con su presencia, volviendo perpetuamente del uno al otro trópico con tan maravillosa disposición que todas las partes de la tierra, si no reciben de él igual calor, si reciben igual luz. Este ejemplo natural enseña a los príncipes la conveniencia pública de viajar siempre por sus estados, para dar calor a las cosas y mantener el afecto de sus vasallos". El mismo Saavedra Fajardo, por cierto, que, sin conoceros, escribía que las divinas letras llaman a los príncipes, gigantes, porque mayor estatura que los demás necesitan los que nacieron para sustentar el peso del Gobierno". Cumplís de sobra esta segunda condición, Señor, y los españoles sabemos que os aplicáis decididamente a la primera con viajes como éste que mañana concluye. Nos reconforta este cuidado en completar lo antes posible vuestro ya profundo conocimiento de España.

Pero, lamentablemente, también ha habido preceptores de príncipes que pretendieron ocultarles parte de la realidad alegando su poca edad o su alta

condición. En la corte francesa había personas encargadas de expurgar los textos de todo tipo que iban destinados a la lectura del príncipe, del Delfín de Francia. Una vez convenientemente censurados de los pasajes considerados inconvenientes, a estos volúmenes se les ponía un sello que rezaba *Ad usum De/phini*, para el uso del Delfín, expresión que luego pasó al lenguaje culto y a las ediciones especialmente concebidas para jóvenes y niños, tras la correspondiente poda sistemática. Pues bien, Señor, hemos pretendido daros la edición original de nuestra región y no una versión dulcificada, en la conciencia de que así servíamos mejor al objetivo de que conocierais esta parte de España tal como es y no tal y como podría ser pintada, con sus contrastes, con su enriquecedor debate de ideas, con su complejidad.

Cierto es que el tiempo ha sido escaso y que hemos sometido a Vuestra Alteza a un ritmo enérgico, afortunadamente acorde con vuestra juventud y espíritu deportivo. Os pido disculpas por la intensidad del programa, pero os ruego que veáis en ello una muestra más de nuestro orgullo por Extremadura, de la que nos gusta presumir ante los demás, y de nuestra hospitalidad, cualidades ambas que ya os anuncié que apreciaríais en estos cuatro días. Espero que hoy podáis coincidir con Larra en cuanto al carácter franco, veraz, obsequioso y desinteresado de los extremeños. Pero espero también, Señor, que nuestras actuales posadas y comunicaciones no os hayan merecido los duros reproches que al romántico viajero le inspiraron allá por 1835.

Muchas gracias por vuestra visita a Extremadura.